

# PARA UNA TEOLOGÍA

## del **PLACER**

*Andrés M.<sup>a</sup> Sevilla S. I.*

**L**a cuestión es así: Tenemos al hombre con sus afectos, con su sensibilidad, con su intelectualidad, con todo el bagaje humano de su naturaleza: el depurado gusto estético y literario; la capacidad espontánea de apasionarse naturalmente por las cosas; la alegría de vivir esa vida que está cada día al alcance de nuestras manos; esa vida con su amistad brindada en los hombres, hermanos nuestros; con su belleza moral y física; con sus atractivos naturales abiertos siempre en coyuntura a nuestra sensibilidad y a nuestra inteligencia. Son unas energías naturales en cada hombre que están ahí esperando, represadas, un destino vivificador, o tal vez una muerte aparentemente estéril.

El problema cristiano y teológico está planteado: ¿Qué hacemos con esas fuerzas naturales del hombre?

Es un viejo planteamiento que tuvo ya soluciones más o menos extremas en la historia de los hombres. El binomio ascetismo-humanismo, estableció, quizás, bipolaridades antinómicas no del todo justificadas. Unos pensaron en el Cristo crucificado, otros en el Cristo encarnado. Ahora también: los primeros saben que se rompió el pasadizo trabazón entre la naturaleza y la gracia, desde aquel día del pecado original. Por eso es mejor, ante el hecho consumado de la discordia entre gracia y naturaleza, no contar con ésta. Romper sensibilidades, afectividades, potencialidades humanas naturales; cru-

cificar al hombre natural con sus fuerzas a imagen de Cristo crucificado. Porque la cruz es el centro de la vida cristiana y del cristiano.

Los segundos, los de Cristo encarnado, hecho hombre, saben que redención es rescate, y rescate de todo aquello que en lo humano fué asimilado por Cristo, el Hombre perfecto. Y saben todo lo que es capaz de hacer la gracia divina. Y prefieren el signo positivo de las cosas: redención, encarnación, a lo negativo: crucifixión, rompimiento, renuncia.

Ahí están los dos caminos planteados otra vez, como tantas veces; el primero, al parecer, con su firmeza de tradición cristiana constante; el segundo, con su anhelo vivificador de conquista, renovación y perennidad vital y vivificante del ser cristiano. Planteamientos extremos que deben armonizarse con una vieja armonía cristiana, solución eterna que no conviene desconocer en nuestra hora.

### **El camino del humanismo**

La reivindicación de la carne, del cuerpo, al ser asumido por Cristo es total e inesperada: la carne de Cristo se dará como alimento para la vida eterna. Se ha condicionado la vida eterna a la carne de Cristo, a la carne de este hombre Cristo Jesús. Parece-

ría demasiado; pero esa naturaleza humana de Cristo ha sido elevada a la personalidad divina, y ya eso basta.

Cuando cada uno de nosotros, cristianos, se encuentra con la filiación adoptiva divina, puede pensar que también ha habido una elevación al orden sobrenatural de todo eso que es humanidad nuestra. Ahora podría escribirse aquello tan viejo de que la gracia no destruye la naturaleza. Es poner al servicio de Dios todo ese haz de posibilidades difusas y sin contenido vital. Todas esas cosas naturales de mi cuerpo y de mi alma: mi sensibilidad, mi inteligencia, mi simpatía, mi capacidad emotiva o estética, mis pasiones. Todo aquello que no tenga razón de pecado ha adquirido una especificación por la trascendente vitalización sobrenatural de la filiación adoptiva. Todo está al servicio del reino de Dios en nosotros.

Vamos a decir más: vamos a decir que todo eso natural tiene algo que ver con la gracia. Así en nuestra jerarquización de las cosas, lo natural nuestro, todo eso que a veces nos parece estorbo, va a ascender puestos decisivos en la clasificación. Vamos a decir algo así como que Dios mira a los hombres con sus cualidades naturales y se interesa por esas cualidades en orden a la gracia vivificadora que va a derramar sobre ellos.

Esto sería una canonización definitiva de algo que quizás alguna vez hemos estado dispuestos a arrojar por la borda como inútil, o al menos como lastre que puede ayudar para todo menos para ascender. (Y la adopción divina es una ascensión inigualada). Aquello que nos pudo parecer inútil, sería un humanismo aprovechable por Dios. Un pobre humanismo nuestro que interesa a Dios.

«Interesar» no es «determinar». Por eso en este equilibrio nuestro cuando rozamos la gratuidad de la gracia hemos escrito «interesar» (1). Pero no podemos ser tan irrealistas que creemos, idealísticamente, una disecación total, inexistente, entre la naturaleza y la gracia. Bastaría asomarse un poco a la espléndida historia de la santidad en la Iglesia de Cristo, para conocer la rica índole natural de muchos santos sobrecargados por Dios de gracia divina. Al fin y al cabo ese

cúmulo de virtudes naturales es también un regalo de Dios que no disocia una cosa de la otra.

### Naturaleza y gracia

Es bueno dejar clara, sin confusión de hojarasca, la gratuidad de la gracia, un don de Dios, libre y sobrenatural del que nadie puede ser más o menos digno. Pero cuando esté la gracia ya en nuestras manos, como un regalo gratuito de Dios, entonces sí puede venir nuestra naturaleza, —eso que nos-



otros mismos nos administramos,— a intervenir en este asunto sobrenatural de la gracia. Puede haber una sobrenatural ordenación de la providencia de Dios, — una providencia ordinaria, no necesariamente universal ni absoluta en su aplicación,— que suponga en el hombre unas condiciones naturales para la mejor eficacia de la gracia. No se trata de una mayor o menor dignidad por parte del hombre. Eso está rechazado. Se trata de seguir un orden que la sabiduría de Dios ha podido establecer en este asunto de la naturaleza y la gracia, salva siempre su libertad para usar caminos nuevos.

Cuando Pío XII habla en una alocución a los maestros de una orden religiosa, parece que tiene en cuenta este orden al decirles: «el edificio de la perfección evangélica ha de ser construido sobre las mismas fuerzas de la naturaleza». Y les señala un camino de virtudes naturales, como preparación para las virtudes sobrenaturales de la vida religiosa: «el conjunto de esas virtudes que llaman naturales aumentan la dignidad de la vida sobrenatural, mucho más cuando alguien ejercita y cultiva esas virtudes para hacerse buen cristiano e idóneo anunciador y administrador de Cristo» (2).

HERTLING, en su *Theologia ascetica*, habla de cierta «heroicidad natural» en los santos que fue molde en que se forjó la heroicidad sobrenatural. Y el magisterio de la Iglesia en documentos negativos y positivos confirma estas cosas. Bastaría leer condenaciones de afirmaciones maniqueas, priscilianistas, protestantes y jansenistas, por una parte (3), y también conocer las virtudes sociales que la Iglesia requiere en sus santos para los procesos de beatificación y canonización (4).

(1) TRUHLAR, en un artículo publicado en *Gregorianum*, XXXV (1954) 608-629, cita a Alexius Usenicnik, que compara a la gracia con el sol que luce sobre los campos. El campo, ya sea cultivado o inculto, nada puede hacer para que el sol luzca o deje de lucir. Pero una vez que el sol está sobre el campo, no es indiferente que el campo esté cultivado o que no lo esté. El campo inculto obstaculiza la eficacia fecundadora del sol. Análogamente puede decirse de la gracia y de nuestra colaboración.

(2) AAS 43 (1951) 735-736.

(3) Cfr. DENZINGER, 36, 236, 242, 817, 847.

(4) Sería interesante un estudio de la aportación de nuestra fisiología a la vida de la gracia. Cfr. R. BROT, *Guía médica de las vocaciones religiosas y sacerdotales*.

No puede negarse una armonía entre gracia y naturaleza.

Cuando nuestros valores naturales humanos *están a punto*, — una sensibilidad mayor, un afecto, una impresionabilidad estética, una potencialidad intelectual,— entonces indudablemente hay una posibilidad mayor de vida espiritual. Pero cuando estén a punto. (De eso hablaremos ahora porque es la mitad de este todo que estructuramos).

### La reconstrucción cristiana de la naturaleza

Los que piensan que nuestro tiempo en su espiritualidad no está abiertamente señalado con el signo de la cruz, la negación y la renuncia, quizás crean poder ahora apuntalar firmemente sus convicciones con las cosas que hemos escrito ahí arriba sobre la utilización de nuestra naturaleza en toda su dimensionalidad, en un servicio cooperativo con la gracia de Dios.

Pero poco más arriba escribimos algo sobre el *estar a punto* de todas esas fuerzas naturales vivificadoras. Y esa puesta a punto es el eje cardinal, piedra fundamental en que se apoya todo el tema que estamos tratando si queremos solucionarlo cristianamente.

Creo que pocos santos como San Ignacio de Loyola se ocuparon tanto de aprovechar medios humanos y cualidades naturales para esta empresa del reino de Cristo en nosotros y en los demás. Y sin embargo fue San Ignacio quien escribía que «el mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor nuestro la mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles» (5). Al fin y al cabo es un eco evangélico del «si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». (Mc 8<sup>24</sup>).

Los que enarbolan la bandera de vida, espontaneidad, libertad, amor y amistad, a veces conceden que es bueno y conveniente lo austero y lo duro, porque al menos eso forja un carácter, construye una voluntad o enriquece una personalidad humana. Pero rechazan la renuncia a las alturas humanas de nuestra sensibilidad de nuestro afecto y nuestra inteligencia. Cuando nuestra sensi-

(5) Sumario de las Constituciones. Regla 12.

bilidad es por el arte, por la ciencia, por el poder, por la grandeza; cuando se trata de cortar, al servicio de Cristo, nuestra más alta potencialidad humana, entonces niegan esa ascética negativa que de ser legítima hubiera impedido la glorificación del cristianismo en la cúpula de Miguel Angel, o la grandiosidad teológica de la comedia del Dante, o los apostolados inmortales del Greco (6). Y sin embargo sólo estamos en disposición de cultivar nuestras fuerzas naturales, nuestras cualidades humanas, cuando hemos sido capaces de dominarlas. La armonía de todo ese orden natural con el de la gracia sobrenatural, se rompió un día; y, cortadas las riendas, el hombre nace con la tarea necesaria de hacerse otra vez con sus corceles desbocados.

### La abnegación: reconquista cristiana

Hay que abnegar, cristianamente, no equilibrios, no armonías, no acoplamientos, no ordenaciones, sino que la abnegación y la renuncia *obligatoria* del cristiano es a lo desequilibrado, inarmónico, desordenado (7). Y toda ascética legítima del cristianismo ha de ser ordenadora, dominadora, — por esfuerzo propio y por gracia de Dios, — de lo que el pecado de Adán desordenó y arrancó de nuestro dominio. La abnegación cristiana es un enseñoreamiento paulatino, no un matar, sino un reencuentro con las cosas que se perdieron.

La abnegación cristiana es una heroica

(6) El P. Leoncio de Grandmaison, S. J. hizo a Dios ofrenda y renuncia de todas sus cualidades naturales. En 1900 escribía: «Acepto el no vivir en adelante sino para vos, renunciando, (cuando de mí dependa), al placer natural de todo afecto, de toda influencia intelectual y amistosa, aceptando el sacrificio parcial o entero, cuando y como queráis, de toda aptitud y facilidad para la filosofía, teología, historia, enseñanza y dirección... Acepto no detenerme para descansar, y complacerme en nada terrestre, en ninguna alegría, ninguna belleza creada...» Cfr. J. Lebreton, Le P. Leonce de Grandmaison, Paris, 1932.

(7) Hemos subrayado *obligatoria*, porque Dios puede pedir a veces una renuncia mayor, no ordenadora de lo desordenado solamente, sino una renuncia expiatoria por nosotros mismos o por los demás, una renuncia de semejanza a Cristo pobre y desprendido de todas las cosas. En ese caso habrá que dejar aún aquellas cosas que ya estaban legítimamente dominadas y armonizadas. El hombre que, por amor de Dios, ha hecho esa renuncia extrema, encontrará en Dios sólo, la plenitud de todas las cosas. En esta vida y en la otra.

tarea de reconquista: reconquistar el amor, la vida, la amistad, la alegría, la libertad, la espontaneidad, la belleza, la ciencia. Y no hay humanismo más legítimo que esta dolorosa reconquista de nuestra verdadera humanidad. Nada hay de inhumano en la subordinación cristiana de todas nuestras fuerzas naturales al fin sobrenatural. Cuando el hombre estructura su vida en una jerarquía armónica, sobrenatural-natural, entonces el hombre es realmente humano.

La abnegación, la renuncia y la cruz son medios necesarios para el único humanismo legítimo del cristiano. Que es un humanismo de dominadores.

Cuando el combate haya terminado, o al menos venga la tregua, al mirar al campo de batalla estarán ahí los despojos de la lucha. Muchas cosas aparecerán destruidas, perdidas, rotas, aniquiladas. Esto para unos ojos sin mirada sobrenatural. Los ojos auténticamente cristianos verán en esos despojos no destrucción, no pérdidas, no roturas, ni aniquilamientos, sino cimientos inexpugnables para el edificio de un orden que se va a restablecer. No ha habido destrucción en la batalla, sino construcción de una armonía cristiana que sólo puede alzar sus paredes maestras a punta de sacrificio, renuncia y abnegación.

Si nuestra mirada fuese dogmáticamente honda, de hombres que creen vitalmente en la resurrección de la carne, todas las renunciaciones que nos impusiese la lucha por el dominio de nuestros altos valores humanos naturales, tendrían el sello de la provisionalidad. Ni nuestras actividades intelectuales, ni nuestra contemplación artística, ni nuestro pensamiento literario, ni nuestra investigación científica, nada de eso que hemos sabido dominar armónicamente se extinguirá ni será finalmente sacrificado. Si nuestra mirada fuese dogmáticamente honda, con la honda creencia en la resurrección de la carne, sabríamos que todo eso que reconstruimos durante la vida y dejamos siempre en la muerte, es un bagaje que recibiremos después, cuando el cuerpo glorioso vaya en busca del alma. Sólo entonces será la plenitud de nuestra inteligencia, de nuestro amor, de nuestros sentimientos. Porque junto a Dios estará la plenitud de todas las artes y

las ciencias que apenas pudimos rastrear en la vida.

Algo de esto quiso decir San Bernardo a sus monjes cuando les predicaba un día en la fiesta de Todos los Santos: «Las almas santas, que Dios adornó con su propia imagen, te echan de menos (se dirige el santo al cuerpo); las que redimió con su propia sangre, te esperan; ni la alegría, ni la gloria, ni la felicidad de ellas pueden consumarse sin ti» (8).

\* \* \*

Ahora quizás hemos encontrado una estrategia cristiana para este combate de nuestras fuerzas naturales que también reciben la sombra de la cruz de Cristo. San Juan de la Cruz describió así esa estrategia: «Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada. Para venir a poseerlo todo, no

(8) Sermón 3.º en la Fiesta de Todos los Santos, P. L. 183.

quieras poseer algo en nada. Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada. Para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada» (9).

Es una vieja táctica de dominio en la santidad de la Iglesia de Cristo, por la que se obtiene la vida verdadera y una alegría nueva que Dios tiene para nosotros (10). Vendrá la verdadera espontaneidad, que sólo puede enraizar en un alma que ya se ha purificado; y la libertad que es romper ataduras esclavizadoras; y el amor que nunca es amor sin la abnegación que domina los egoísmos; y la amistad, una amistad sobrenatural que es algo nuestro para otro, que es la más cristiana de todas las renunciaciones, que es caridad, esa bella cosa eterna de nuestros días.

(9) Subida al Monte Carmelo, Lib. I, c. 5. Cfr. R. G. RENARD, *Renoncement et perfection. La vie spirituelle*, 61 (1939) 114.

(10) Cfr. E. HERMAN, *L'Ascetisme et l'humain. La vie spirituelle*, 61 (1939) 124-125.

